

NOTA FINAL SOBRE LAS HURDES

Hace ahora un siglo, en junio de 1922, Las Hurdes, una comarca extremeña que personalizaba todas las características negativas del mundo rural de la época, fueron visitadas por Alfonso XIII acompañado de un reducido número de personalidades de la época, como el doctor Marañón, que había realizado un completo estudio sanitario y epidemiológico sobre la comarca. La comitiva recorrió los principales pueblos de la sierra, carente entonces de los mínimos de habitabilidad de un país moderno, además de los vecinos territorios de Las Batuecas y La Alberca, también con notables deficiencias de habitabilidad.

El viaje era la culminación de una larga preocupación por la comarca que, aunque puede remontarse a varios siglos atrás, se había reavivado notablemente a finales del siglo XIX, coincidiendo con los movimientos críticos y revisionistas de la Historia de España, que giran en torno a la Revolución de 1868, pero también de la Restauración Alfonsina y del Regeneracionismo.

Algunas de estas revisiones y polémicas tuvieron por escenario la Sociedad Geográfica de Madrid, con conferencias y discusiones muy significativas del problema y de los distintos enfoques al respecto. En efecto, entre 1890 y 1893, como ya hemos visto en otro lugar de este Boletín extraordinario, la cuestión de Las Hurdes fue tema prioritario en las discusiones científicas y en los actos académicos de la Sociedad Geográfica de Madrid. En esos años tuvieron lugar tres importantes conferencias, dos de Jean Bte. Bidé y la tercera de Vicente Barrantes, que luego fueron publicadas en este Boletín y luego como libros independientes. Además, en la última de esas fechas Vicente Barrantes dio a conocer una *Nota final sobre Las Jurdes*, que ahora volvemos a publicar en este número extraordinario dedicado al tema, que tenía como objetivo servir de epílogo a este tema. Pero, a diferencia de las anteriores conferencias, la *Nota final* de Barrantes *sólo fue*

publicada en nuestra revista, tres años después de la última de Bide, cuando la cuestión era ya tema de discusión generalizada. Por ello hemos pensado republicar en esta sección y con ocasión del centenario del viaje real, la referida Nota de Barrantes que es el documento más desconocido de las cuatro intervenciones que tuvieron lugar en esta Sociedad Geográfica hace ciento cuarenta y dos años. A diferencia de las citadas conferencias de Bide y del mismo Barrantes, la Nota de este último no respondía a ninguna disertación previa, sino que fue una especie de crónica o complemento con el que su autor pretendía finalizar la cuestión hurdana en la Sociedad Geográfica, de ahí su nombre de *Nota final sobre Las Hurdes*, cuestión que él mismo había inaugurado tres años antes.

Vicente Barrantes y Moreno fue un importante personaje de la Restauración, periodo en el que desempeñó varias actividades, como político, escritor, historiador, bibliófilo, etc. Nacido en Badajoz en 1929, su familia era de ascendencia liberal, por lo que algunos de sus miembros fueron víctimas de la represión absolutista en la *Década Ominosa*, precisamente cuando él nació.

Sus primeros estudios los realizó en el Seminario de Badajoz, aunque seguramente nunca pretendiera dedicarse a la carrera eclesiástica, sino que, terminados esos estudios, se empleó como funcionario de la Administración Militar. Después marchó a Madrid, donde empezó a desarrollar su faceta de escritor y periodista. Trabajó primero en *El Bardo*, del que llegaría a ser director y fue colaborador de *La Ilustración Española*, del *Semanario Pintoresco Español*, de *La España Moderna*, etc. Por todo ello fue cronista oficial de Extremadura, consecuencia tanto de esa dedicación periodística como del interés por su tierra. Así mismo, como escritor fue amigo de Fernán Caballero y también cultivó la novela histórica y la poesía

El periodismo le acercó a la política. Fue amigo de Bravo Murillo, con el que colaboró en la Revista fundada por este, la *Defensa de la Sociedad*, en la que se publicó *Las Hurdes*, un mundo desconocido en la provincia de Extremadura de Romualdo Martín Santibañez. En 1866 fue nombrado secretario del Gobierno civil de Manila, director general de la Administración en Filipinas y miembro del consejo del gobernador, funciones que desempeñó durante cinco años. Desde entonces todo lo relativo a este archipiélago fue tema de especial interés. Por esta actividad se le concedió, al cesar en 1871, la gran Cruz de Isabel la Católica. Y ya de vuelta en la península fue nombrado consejero de Instrucción Pública. diputado a Cortes y senador por Cáceres en las legislaturas 1891-1893 y 1896-1898.

Otra importante faceta de su actividad pública fue el interés por los libros, documentos históricos y la archivística lo que le permitió reunir una importante colección de libros y manuscritos en general relativos a Extremadura. Este interés le llevó a defender y recuperar una parte del patrimonio extremeño expoliado por la Desamortización, proceso frente al cual siempre se mostró crítico, especialmente respecto a la llevada a cabo por Mendizábal. En particular jugó un papel esencial en favor de la restauración del Monasterio de Guadalupe (1879), en el que se custodiaba un importante fondo con documentos procedentes de su biblioteca.

En 1871, el mismo año de su vuelta a la península, fue elegido académico de la Historia, tomando posesión el 14 de enero de 1872. Cuatro años después lo fue de la Real Academia Española, en la que ingresó el 25 de marzo de 1876 con un discurso sobre las *Deformidades que en el lenguaje y las ideas trae consigo la moderna filosofía krausista* muy crítica con el krausismo, consecuencia de su evolución hacia posiciones políticamente más conservadoras, como se evidenció en la contestación que la diera el conocido político carlista Cándido Nocedal.

En 1890, cuando inicia su actividad en favor de Las Hurdes, Barrantes contaba ya con más de sesenta años y no gozaba de buena salud. Se le había tenido que amputar una pierna, además de ciertas depresiones recurrentes al quedarse viudo. Seguramente por ese motivo fue reduciendo su actividad política e intelectual y, seguramente por ello, también debió causar baja en la Sociedad Geográfica desde poco antes de su conferencia, pues todavía en enero de 1889 era vocal de la Junta Directiva¹.

Pero su compromiso con su tierra y con la ya para entonces famosas comarca era más fuerte, sobre todo por la indignación que debió producirle la difusión de las ideas de González de Velasco lo que explicaría su protagonismo en la discusión y el acicate sobre la Directiva de la Sociedad Geográfica de Madrid, a la que pertenecía desde tiempo atrás para que la misma participara en la polémica.

Precisamente ese mal estado de su salud fue la causa a la que atribuyó Barrantes el retraso en la publicación de su *Nota final sobre las Jurdes*, tres años después de la última conferencia pronunciada por Bide. Sin duda motivado y un tanto sorprendido por el estudio de este y sus acompañantes y por la perspectiva geográfica de sus conferencias, Barrantes pretendió en su *Nota final* reafirmar la perspectiva histórica, echando de menos, a modo de sutil crí-

¹ *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*: Tomo XXVI Año XV Número 1 - 1889 Enero. En ese momento figura como Vocal de la Junta de Gobierno, con domicilio en Paseo de la Castellana, 48.

tica, algunas faltas de ese carácter en el estudio de Bide poco relevantes para los objetivos geográficos de este, al que, por otra parte, no niega elogios personales, pero sin valorar su fundamental aportación al tema. Todo lo más, en una simple nota a pie de página se limita a hacer un breve resumen de los capítulos esenciales de lo dicho por Bide, que sólo amplía en algunos aspectos secundarios, como el número de alumnos de las escuelas, completando así una de las informaciones contenidas en aquella conferencia.

Por último, para Barrantes y su Nota final, la Geografía sólo tiene un valor secundario en el problema hurdano, como es lo intrincado de su relieve, en cuanto este fue la causa principal del carácter de refugio que la comarca tuvo para godos y moriscos y la presencia de algunos topónimos significativos al respecto, huellas de ese pasado muy representativos de la comarca, como *Valdelamatanza* o *Camino Morisco*, argumentos todos ellos que ya había expuesto en su conferencia del 1 de julio de 1890 y que, tras el éxito de la de Bide, quiso volver a precisar en el último párrafo de su Nota, con un estilo convencional, un tanto forzado, que caracteriza la mayoría de sus escritos, tan diferente de la claridad y concisión del médico francés:

Así finalmente el nombre de Jurdes aparece más y más justificado, y a par el anabaptismo de sus moradores, en la racional creencia de que eran godos y moros caídos en montón desde aquellos picachos, como el naufragio arroja a la playa cadáveres y moribundos, o más bien como en trance de montería por selva oscura, lebreles y jabalíes cegados de contrario instinto al son del cuerno de caza, juntos se emboscan, juntos se extravían y tal vez unos tras otros se despeñan.

V. Barrantes. 15 de Julio de 1893

En definitiva, esta primera manifestación pública de la cuestión de Las Hurdes a finales del siglo XIX, quedó así encuadrada entre dos famosas «notas» dirigidas a dos importantes sociedades científicas de la época: la *Nota sobre Las Hurdes* dirigida a la Sociedad Española de Antropología, de Pedro González de Velasco y la *Nota final sobre Las Jurdes*, publicada en el Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid. La primera en 1880, la segunda en 1893. Trece años en los que la cuestión estuvo candente y discutida, pero sin mayores consecuencias, pues ni la primera generó el estudio antropológico que pretendía, ni la segunda fue el punto final que buscaba. Al contrario, el cambio de siglo supuso una reactivación de la cuestión hurdana, convertida ya en icono y referente de los problemas de España.

Fernando Arroyo y M.ª Asunción Martín Lou

Nota final sobre Las Hurdes por Vicente Barrantes

**Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid:
TOMO XXXV - 1893 Julio. 134-149**



NOTA FINAL SOBRE LAS JURDES.

Tenaz padecimiento incompatible con la labor intelectual, y juntamente el deseo de traer á mi Conferencia sobre las Jurdes la última palabra, como ahora se dice, de la ciencia y la literatura acerca de las interesantes cuestiones que con aquella comarca se relacionan, han retrasado, no menos de tres años, la redacción de esta nota, que será ganancia para el lector no pequeña, si, como espero, de las escasas líneas que voy ahora á escribir, se deducen fundamentos mayores para mi tesis histórica y más viva luz para la geográfica.

Esta última, á la verdad, no la había yo planteado con propósitos de innovación ni originalidad alguna, ya por haberme sido imposible, en mis escasas visitas á la provincia de Cáceres, recorrer personalmente las Jurdes, ya por haber coincidido mi Conferencia de 1.º de Julio de 1890 con el viaje de los señores conde de Saint-Saud y J. B. Bide, cuyo principal fruto iba á ser el trazado de un mapa completo de aquel territorio, aprovechando los apuntes que me había facilitado el historiador local D. Romualdo Martín Santibáñez, y los numerosos é importantes datos científicos acumulados por el coronel Coello para su *Mapa general de España*, cuya sección de Cáceres permanece inédita.

Como saben los lectores, no ha defraudado nuestras esperanzas el segundo de aquellos sabios franceses, dándonos en 22 de Diciembre de 1891 y 19 de Enero de 1892, las dos interesantes Conferencias que ilustran el BOLETÍN DE LA SOCIEDAD

NOTA FINAL SOBRE LAS JURDES.

135

GEOGRÁFICA del año últimamente citado. En efecto, el doctor Bide, médico casi naturalizado en España, de quien se declara hijo adoptivo, y cuyo idioma posee perfectamente, no satisfecho con el brevísimo viaje en que le acompañara el conde en 1890, lo repitió dos veces consecutivas, acrecentando en cada uno sus elementos científicos y sus recursos prácticos, que dieron por resultado una de las monografías geográficas más completas é interesantes que hoy posee nuestra literatura. Las Jurdes están de enhorabuena, y si el mundo sabio, y en particular los geógrafos de allende el Pirineo, siguen acerca de ellas desatinando, no será por culpa de los españoles, que les hemos dicho la verdad, con más amor á la ciencia que á las vanaglorias patrias.

Cúmpleme, ante todo, consignar aquí mi agradecimiento al doctor Bide, por los repetidos elogios que en su trabajo me consagra, ora lamentándose de no haber consultado conmigo previamente sus itinerarios, ora escribiendo con ocasión de mis humildes trabajos políticos y administrativos en favor de aquella desgraciada comarca, «que á los muchos y envidiables títulos científicos que adornan el apellido Barrantes, se ha de agregar el no menos precioso de bienhechor de las Jurdes, á las cuales abre á un tiempo las puertas de la prosperidad material, de la civilización y de la patria.» Crea el distinguido autor de *Las Batuecas y las Jurdes*, que si mi salud desde 1890 no me hubiera sido obstáculo insuperable, ciertamente no bajara él sólo á los oscuros valles jurdanos sino en la compañía de quien tiene mucho que aprender de sabios como el doctor Bide, excepto amor al país y á las cosas extremeñas. Colaboración tan honrosa para mí, únicamente quizás le hubiera sido útil para consagrar alguna mayor atención á los documentos de la literatura popular y á las tradiciones locales, que si yo las tenía en mucho cuando en la Sociedad Geográfica dí mi Conferencia, en estos tres años se ha acrecentado extraordinariamente su valía, merced á trabajos propios y ajenos.

Es el primero por lo delicado y minucioso, el del mismo doctor Bide, que como se infiere del breve resumen que abajo

hacemos (1), aporta un número infinito de datos geográficos, nombres y accidentes del territorio, que si no definitiva luz, la arrojan nueva sobre los misterios jurdanos. Confirmando y acreditando la descripción que hizo de las Jurdes D. Romualdo Martín Santibáñez, enriquece más y más su nomenclatura geográfica y abre á la investigación mayores horizontes. Sin embargo, es un desconuelo para nosotros y para el trabajo del doctor Bide un verdadero lunar, que no haya explorado

(1) Después de una breve introducción sobre las dificultades del viaje, se divide en dos capítulos: 1.º, *Geografía* (orografía, hidrografía, pueblos y vías de comunicación). El 2.º capítulo se refiere exclusivamente á la *Etnografía*. Aumenta el interés de *Las Batuecas y las Jurdes*, una serie de láminas, que si algún tanto confusas, como producto de la fotografía instantánea, dan sin embargo bastante idea del terreno y sus asperezas, y de los tipos del país y sus costumbres. Dos de ellas, tiradas aparte en mayor tamaño, nos ofrecen la *Vista general de las Sierras Jurdanas, tomada desde el portillo de la Alberca*, juntamente con el perfil del mismo territorio clara y distintamente explicado, con las cotas de altitud de las mayores cumbres, sobre las cuales descuella el Cotorro de las Tiendas, con 1.577 m., y un mapa general con distinción de pueblos y lugares. Intercaladas en el texto lleva además las siguientes láminas: *Peña de Francia.—Las Batuecas y las Jurdes vistas desde la Peña de Francia.—Valle y convento arruinado de las Batuecas.—Valle de la Fragosa* (de Martinandran arriba).—*Valle del Cerezo*.—*Valle de Cambroncino*.—*Valle de la Fragosa* (Arroyo Sierpes abajo).—*Sima y chorro de Meancera*.—*Plaza de la Alberca* (Salamanca).—*Alquería del Rubiaco* (Nuño Moral).—*Tipos jurdanos del Cerezo*.—*El banco de la paciencia* (cuadro de costumbres).—*Jurdana en traje de gala*.—*Una familia de la Alberca*.—*Alquería de Ladrillar*.—*Plaza de Casar de Palomero*.

No son menos interesantes los itinerarios seguidos por el doctor en sus tres viajes, que puntualizan las horas de salida y llegada y los pueblos donde es posible hacer noche (casi siempre en las casas parroquiales, abiertas, según dice, de par en par al viajero), su altura sobre el nivel del mar, y hasta los procedimientos científicos que empleó para las observaciones, con ayuda de D. Francisco Sisque, ingeniero agregado al ferrocarril de Astorga á Plasencia, revisadas en algún caso, como el del Cotorro de las Tiendas, por el coronel Prudent, auxiliar geográfico del Ministerio de la Guerra francés. El primer viaje (cuatro días), empezado en Fuente de San Esteban (estación más próxima del ferrocarril de Salamanca), terminó en Plasencia (Cáceres). Segundo viaje (nueve días), de Fuente de San Esteban á Ovejuela y de Ovejuela á Fuente de San Esteban por Casar de Palomero, Arrolobos y la Alberca. Y tercero (cuatro días), de Ciudad-Rodrigo á las Erias, Nuñomoral, Peña de Francia y Fuente de San Esteban. Finalmente, el Nomenclator, que con el título de *División administrativa de las Jurdes*, ha hecho también M. Bide, excusa tan por completo el que ofrecí al lector en mi Conferencia, como que yo sólo hubiera podido ilustrar el mío con datos administrativos y económicos, mientras el suyo agrega á estos la altura barométrica y la situación

NOTA FINAL SOBRE LAS JURDES.

137

esos horizontes siquiera fuese ligeramente, porque tan oportuna ocasión tardará, sin duda, en presentarse de nuevo. ¡Haber encontrado los pozos de las abandonadas minas romanas

geográfica de los pueblos, relacionada con los ríos más próximos. Sin embargo, una *Estadística de la asistencia á las escuelas*, hecha en 1831, ofrece interés para el por venir:

| | NIÑOS. | NIÑAS. |
|----------------------|--------|--------|
| JURDES BAJAS. | | |
| Erias..... | 27 | 13 |
| Pino..... | 22 | 13 |
| Ovejuela..... | 13 | 7 |
| Horcajo..... | 13 | 6 |
| Calabazar..... | 24 | 10 |
| Cambroncino..... | 12 | 4 |
| JURDES ALTAS. | | |
| Casares..... | 14 | 3 |
| Nuñomoral..... | 6 | » |
| Vegas de Coria..... | 28 | 6 |
| Ladrillar..... | 14 | » |
| Cabezo..... | 12 | » |
| Mestas..... | 16 | 8 |

En algunos pueblos se despierta la afición á la enseñanza; pero en la generalidad la rehuyen porque *no los hagan de Ayuntamiento*, honor ruinoso para aquellas pobres gentes, que tienen que entregarse á los Secretarios, no siempre morales. Pérdida grande acaban de sufrir las Jurdes con la muerte del Nestor de ellos, el secretario de Pinofranqueado, nuestro buen amigo D. Felipe Pérez González, á quien debieron tan ilustrados servicios todos los visitantes de las Jurdes, incluso el doctor Bide.

Continuando el examen de las Conferencias de éste, sépase que agrega su autorizada opinión á las de todos los que aseguramos á las Jurdes risueño porvenir industrial, describiendo la feracidad y los elementos que el territorio ofrece. En Ovejuela ha visto pensiles que recuerdan los de Babilonia.

Tercia por último gallardamente el doctor en la polémica suscitada en los periódicos de Madrid (Enero y Febrero del año pasado), contra la Sociedad Geográfica, por haber admitido el nombre y la etimología de *Jurdes*, siendo así que yo soy el único culpable en la materia, prueba concluyente de lo bien que la ha estudiado el periodista. Con este motivo censura el doctor errores verdaderamente inconcebibles cometidos en su descripción de las Jurdes por los modernos geógrafos franceses de más nombradía, entre otros Vivien de Saint Martin y los hermanos Reclus. El estado de mi salud me impidió tomar parte en aquella polémica, y hube de limitarme á elogiar al Sr. D. G. Reparaz, que sostuvo en *El Clamor* la buena doctrina, contra D. A. Balbuena, que en el *Heraldo de Madrid* defendía la lección *Urdes* ó *Urces*, insostenible desde que en 1819 publicó su *Mapa de la provincia de Extremadura* D. Tomás López, geógrafo extremeño. Terminaré añadiendo que, según me comunica el Sr. Santibáñez, el Ministerio de la Guerra se ocupa hoy en el levantamiento de otro mapa, hallándose instalados en el Casar tres oficiales de Estado Mayor.

sin hacer en ellas la menor exploración, de donde esperaba, como nosotros, el Sr. Santibáñez, en carta de 14 de Julio de 1891 «la verdadera luz para conocer estos terrenos, y por-» qué se denominan Jurdes!»! Pues ¿qué diremos del vado del Arco romano, en el río Pino, llamado también vado de la Pesga, que se encuentra á la falda de la sierra de las Cañas, cerca de la confluencia del Mesa Santa, y que el mismo Santibáñez pone en duda, como veremos después? Por algo lleva tan ilustre nombre aquel sitio, y no pueden faltar en sus cercanías restos que lo justifiquen. El arroyo Cepo (en algún punto se denomina Haycepo), que desde el valle de las Batuecas penetra en la provincia de Cáceres, pudiera tener significación é historia militar, si fueran sus orillas cenagosas y su cauce abundase de calderas ó caldereros, nombre que dan en Extremadura á los hoyos que encubren aguas traidoras, pues el aspecto militar es uno de los más dignos de estudio en la región jurdana, poblada, en nuestro concepto, por los fugitivos de una terrible derrota, fatal á la religión y á la independencia de la España primitiva. Suena en nuestros oídos por primera vez un río Fugaz, que cruza y acompaña al Camino Morisco hasta cerca del pueblo de Ríomalo de abajo, no lejos de otros nombres tan significativos como el río Salvador y el arroyo de los Ladrones; pero el Fugaz, principalmente, en un territorio donde los ríos son verdaderos torrentes, habiendo alguno como el Batuecas, con cerca de 1.000 m. de desnivel, por algo lo distingue de las demás corrientes nombre tan expresivo.

Otros muchos de este carácter se prestan á la investigación histórica, que viene indicando con leyendas y tradiciones más ó menos valederas la antítesis antropológica de las razas goda y árabe, que contribuyeron indudablemente á la primera población de las Jurdes, antítesis puesta aun más de hulto por los nombres de los Angeles, Mesa Santa, El Confesonario (1),

(1) Del río de los Angeles ya hemos dicho que debe su nombre al convento y á las glorias franciscanas. A la explanada ó Portillo de Mesa Santa, atribuye el doctor Bide fama regional, «porque en ella quizás—dice,—se convocaban las hues-» tes cristianas». ¿No sería más verosímil relacionar este nombre con el Confeso-

NOTA FINAL SOBRE LAS JURDES.

139

y la principal vía de comunicación hoy existente de Camino Morisco, camino abierto sin duda por los vencedores para perseguir á los vencidos. Vado morisco, situado frente al Pino 200 m. más abajo del punto donde confluyen el Esperaban y el Angeles, se halla acompañado de análogos nombres expresivos, como el Cotorro de la Antigua, el de los Abalientos (¿no vendrá este nombre de ¡Ah, valientes?), el puerto del Término y el de El Judío, raza que fué gran parte en la destrucción del imperio visigótico. El arroyo Morete, que se desprende de la falda meridional de la sierra Traoguera, forma con el Arroyo Cristiano otra singular antítesis digna de estudio. El nombre de las Erias, finalmente, ¿no será corrupción de Heridas, y Asegur de «á seguro» ó lugar inexpugnable?

Hemos indicado que nuestra historia militar aparece ahora relacionada de un modo muy directo con las Jurdes, dando extraordinaria fuerza á nuestras hipótesis, que no rechaza en manera alguna el doctor Bide, antes las confirma en la esfera antropológica, declarando que los jurdanos son de nuestra misma raza, y su degeneración, por consiguiente, hija del medio en que viven, no de diferencias típicas esenciales.

Ya se ha visto en los capítulos III y IV de nuestra Conferencia, el valor que dábamos á los elementos legendarios que puso en moda Lope de Vega, por decirlo así, con que no nos causa extrañeza la del doctor, cuando halla *en el fondo de todas las relaciones*, la que llama apócrifa del P. Alonso Sánchez, que es idéntica á la del fénix de los ingenios, y de seguro bebida en la misma fuente. Cópiala M. Bide al pie de la letra del l. VII, cap. V, pág. 368 de la obra *Anacephaleosis de rebus Hispaniæ*, impresa en Alcalá en 1633, donde toda la inverosimilitud consiste en que los amantes fugitivos de Alba hubiesen notado en la gente de las Jurdes «*términos semejantes á los tiempos godos*», y en el terreno «*algunas cruces algo*

nario, Esparaban ó Esperaban y todos los demás que sirven de fundamento á la creencia del anabaptismo jurdano? En los mismos itinerarios del doctor aparecen ahora nuevas comprobaciones del origen cristiano. Cruz de las Animas, Portillo de las Animas, Cruz de San José, Monsagro, etc.

perdida su forma». Igualmente es de aplaudir que el viajero francés haya citado otro texto más categórico aún que el de Alonso Sánchez, cual es el de Tomás Moreri, á quien Feijóo cita de memoria, haciéndole decir lo que no dice, pues lo que se lee en su *Diccionario Geográfico*, publicado en 1725, refiriéndose «á algunos autores,» es que los jurdanos «son restos de antiguos godos que se refugiaron y escondieron entre las montañas huyendo de los moros».

Resulta, pues, el origen visigótico lo que más resiste la credulidad pública, aunque esté indicado por el maestro Sánchez y corroborado hasta cierto punto por Moreri; y lo resiste sin otra razón que la muy pueril de tener por base una comedia que nosotros suponemos fundada en algún documento por el estilo de aquel en que se notició al obispo Zapata, medio siglo después de la comedia, el hallazgo de medallas antiguas en la dehesa de Batuequillas. Olvidase, además, con harta ligereza, que Lope la escribió en Alba, quizás en el archivo de los duques, como también la fuerza que tiene el hecho de haber aceptado versión tan estupenda, al parecer, un hombre grave para un libro *De rebus Hispaniæ* nada menos. Agréguese ahora que el historiador fué primer catedrático de lenguas griega, hebrea y caldea en la Universidad de Alcalá y grande amigo del poeta, según se deduce de la calorosa impugnación que en 1618 hizo de la *Spongia* de Pedro de Torres Ramila, impugnación que se halla inserta en ocho hojas no foliadas, con el título de *Appendix ad Expostulationem Spongiæ*, al final del libro *Oneyropaegnion* (Palos al asno). Lope á su vez dedicó á su amigo el maestro Alonso la comedia *El desconfiado*, impresa en la parte XIII de las suyas, en 1620.

¿No parece verosímil que hombre tal para coincidir con las *Batuecas del duque de Alba* conociera y aquilatára los fundamentos que Lope había tenido para escribirla?

Ya al tratar de las tradiciones del rey D. Rodrigo, personaje á quien el progreso de los estudios orientales está presentando á luz muy nueva, presentíamos algo de lo que ahora nos ocurre, atentos á que el docto D. Aureliano-Fernández Guerra en su *Caida y ruina del imperio visigótico*, probaba

NOTA FINAL SOBRE LAS JURDES.

141

que el fugitivo rey no murió en la sin razón llamada batalla del Guadalete, siendo probable que se hubiese refugiado entre sus fieles lusitanos, cuya capital era Mérida, á la sazón tan fuerte y populosa como la misma Toledo, pues todavía algunos siglos después inspiraba los romances de *El Palmero*, y aquel otro que dice:

Mérida que en las Españas
otro tiempo fuiste Roma.

Según los nuevos textos históricos, Taric tuvo una situación muy comprometida en España hasta Abril de 712 en que pidió socorro á Muza en carta apuradísima, que se encuentra en el historiador árabe Aben-Cotaiba; y quizás secundaron esta misma petición los incautos españoles que ayudaban á los moros, creyéndolos amigos y auxiliares del partido wilitano, pues consta que á Muza, que vino en efecto de Africa con un socorro de 18.000 hombres escogidos, acompañaba el conde D. Julian de nuestras leyendas, personaje también muy distinto de como hasta hoy nos lo hemos figurado, pues no era español ni quizás godo, sino tribuno de Ceuta, dependiente al parecer del imperio bizantino de Constantinopla, á la sazón casi nominal en la Tingitania, dominada ya ó poco menos por el califa de Damasco Uádil I, cuyo lugarteniente en Africa era Muza.

Mas ahora viene otro historiador peritísimo en los estudios orientales á tratar este punto exclusivo, fundando sobre el terreno que Fernández-Guerra había desbrozado, un sólido monumento á la verdad, que nos parece definitivamente adquirida ya para la historia. El Sr. D. Eduardo Saavedra, nuestro querido amigo y compañero en ambas Academias literarias, en un libro tan escaso de páginas como abundante de médula, publicado en Madrid en el año anterior, ha hecho un completísimo *Estudio sobre la invasión de los árabes en España*, que confirma la existencia de Rodrigo al desembarcar Muza en Algeciras. Con efecto, era aún tan importante el ejército godo, que dominaba toda la región occidental desde Sevilla hasta el Tajo, teniendo acorralado á Taric en Córdoba. Ga-

nada muy pronto aquella ciudad, metrópoli de la Bética, con ayuda de los judíos y de los partidarios de la guerra civil, Muza penetró en Extremadura haciendo clientes suyos á los de Fuente de Cantos, según el historiador Fatho-1-andalucí, y fué á poner sitio á Mérida, que no pudo rendir hasta 30 de Junio de 713, y eso merced á haberla evacuado la flor del ejército visigótico y sus principales caudillos. Sin embargo, aquella victoria decidió la suerte de España haciendo entender á Muza que podía convertirse de auxiliar del partido de Witiza en dueño del país, pues ni los witizanos ni los de Rodrigo tenían fuerzas para serlo, según tres historiadores árabes, citados por el Sr. Saavedra en su pág. 96. Desde Mérida escribió Muza al califa que la empresa de España se había convertido en la anexión de este reino al imperio del Islam. Todavía resistieron los godos ordenadamente desde el Guadiana abajo, apoyándose en las ciudades lusitanas que les pertenecían y en las intrincadas sierras hoy fronterizas de España y Portugal, lo que obligó á Muza á traer incesantes refuerzos de Africa, y á enviar á su hijo Abdelaziz contra Niebla, Beja y Ossonoba, aunque estas dos últimas conquistas las atribuyen algunos al propio Muza por error cronológico.

Aquí dejamos la palabra al nuevo historiador de estos sucesos, porque no debe perderse ninguna de las que escribe en su pág. 98.

«Tengo para mí que Rodrigo, después de la rendición de »Mérida, *donde tal vez se hallara*, vino á encastillarse con sus »fieles en las intrincadas revueltas de la *sierra de Francia*, »*que por la de Gata* se une á la de Estrella en Portugal, y por »*la de Bejar* se relaciona por la profunda cortadura en cuyo »fondo lleva el Alagón sus aguas al Tajo. En la misma cuenca de este gran río podía desembocar por los puertos de Baños y de Perales, amenazando á Castilla la Nueva y Extremadura y tenía seguros mantenimientos en los fértiles llanos »de Salamanca.»

Los sucesos históricos justifican esta hipótesis del Sr. Saavedra. Según los cronistas árabes, persiguiendo Muza muy

despacio al ejército de Rodrigo, por la antigua vía romana de la Plata, que desde Emérita conducía á Salmantica, quizás sin fuerzas bastantes para darle un golpe decisivo, ordenó á Tarric, que desde Toledo, ciudad no bien dominada todavía, viniera á reunírsele por la orilla del Tajo, como así se verificó, realizándose este encuentro en el valle del Arrocampo, tierra de Almaráz, entre aquel gran río y el Tietar. No sólo *Almarad* significa *encuentro* en árabe, sino que otras crónicas arábicas dicen que éste se verificó en un sitio que puede leerse *Teide* y responde á lo que escribió el arzobispo D. Rodrigo: «*justa rivum qui Teitar dicitur.*» Merced á estos datos cree con razón el Sr. Saavedra aclarar de un modo indudable el plan estratégico que Muza concibió para acabar con los restos del ejército goda, atravesando la sierra con el suyo así reforzado, en el punto de intersección de los caminos de Mérida á Salamanca y de Alba de Tormes á Ciudad-Rodrigo. Un río que nace en aquellos parajes lleva desde entonces el nombre del *Val-muza*.

Suponiendo al propio tiempo el Sr. Saavedra otro plan estratégico en los godos, que nos parece ya incompatible con su estado de descomposición y con los sucesos que después indicaremos, piensa que Rodrigo salió á forzar con un ataque de flanco las líneas árabes por el puerto de la Rinconada, trabándose frente á *Segoyuela de los Conejos*, cerca de Tamames, la batalla en que el rey goda perdió la vida á manos de Meruan, hijo de Muza, según cuenta Aben-Cotaiba. El nombre de Segoyuela, que el moro Rasis llama *Saguye*, Fatho-l-andalucci *Assaguani*, y se lee *Assauaqui* en un manuscrito de la Biblioteca de Argel examinado por el Sr. Codera, todos contestes en la relación y éxito de la batalla, lo convirtió la confusión y rudeza de los tiempos, la de las lenguas y por último la poesía popular, en Sangobela y Sangonera, y como éste es también nombre del río Guadalentín, hicieronlo Guadatín algunos árabes y Gnadalete los cristianos. El hecho de haber encontrado Alfonso Magno, según el *Cronicón Albeldense*, en Viseo, únicamente separado del campo de batalla por la sierra de la Estrella, el sepulcro de Rodrigo, que todavía en 1709 se guardaba en el monasterio de San Miguel del Fetal, si no miente la *Co-*

rographia portugueza de Carvalho da Costa, permite á estas sagaces inducciones crítico geográficas del Sr Saavedra aspirar al rango de verdad histórica.

Para nosotros en la cuestión de las Jurdes han sido nueva luz que ilumina las confusas tradiciones legendarias, confir-mándolas casi hasta la evidencia. Los nombres geográficos que tanto han ayudado al Sr. Saavedra á llenar una de las lagunas más hondas de nuestra historia, nos permiten suponer á nuestra vez que la tragedia de Segoyuela fué pura y simplemente el deseniace de otra acaso mayor, ocurrida á la puerta de las Jurdes, en Valdelamatanza, pequeña aldea, que todavía conserva este nombre, y hoy depende del Cerro, en la provincia de Salamanca, pocos kilómetros más allá de Lagunilla, residencia de verano de los obispos de Coria, edificada por el gran protector de las Jurdes para poder ir á la Pega y á Cambroncino, como si dijéramos de paseo.

No puede admitirse la suposición de que un ejército fugitivo, y por consiguiente desmoralizado como el visigótico, siguiendo sobre poco más ó menos la misma vía que su perseguidor, que era la romana, única transitable para las grandes masas, dejase de sufrir á cada hora deserciones, rezagos y encuentros con las avanzadas del enemigo; ni tampoco es admisible la hipótesis de que en situación tal la salida de Rodrigo por el puerto de la Rinconada, obedeciese á plan meditado, sino más bien á necesidad ineludible, á ignorancia de la reunión de Muza y Taric; quizás fué desesperado intento, trance á vida ó á muerte de algún golpe de caballeros para pasar los puertos por el único punto posible y meterse en las serranías, donde entonces empezaba la llamada Galicia, ó sea todo el N. y el NE. de España, última esperanza de los godos, que Covadonga tardó poco en justificar. No, no es posible suponer que dejando atrás un sitio bautizado ya con el terrible nombre de Valdelamatanza, la gente que llegó á Segoyuela mereciera todavía el nombre de ejército. Si ha pasado á la historia esta última catástrofe, no fué indudablemente por su importancia real, sino porque los godos perdieron con su Rey el último resto de organización y, por consiguiente, de resistencia que

NOTA FINAL SOBRE LAS JURDES.

145

les quedaba. Gracias á una sublevación de Toledo, ocurrida en este momento por haberse llevado Taric su presidio á reforzar el ejército de Muza, sublevación que obligó á éste á acudir á tan grave peligro, pudieron pasar los puertos y meterse en Castilla los últimos godos supervivientes.

El choque feroz de Valdelamatanza debió producir una desbandada que desparramase por las sierras próximas verdaderos montones de gente, que caería á los hondos valles como peñas despedidas por un volcán. No hay que olvidar el carácter de aquella guerra de conquista, de religión, de exterminio, y que las ciudades góticas se iban quedando despobladas, pues al amparo del ejército huían los sacerdotes con las imágenes y los vasos sagrados, las familias con sus ajuares, sus hijos, sus enfermos y ancianos... Aquello fué, sin duda, la desolación de la desolación, y cuantos horrores imaginemos hoy, serían seguramente eclipsados por la triste realidad. Si la caída de un edificio, por ruinoso que esté, ciega los ojos, ¡cuánto polvo y cuántas cegueras no producirá la caída de una religión, de un pueblo, de una raza! Sólo contemplando, por ejemplo, los destrozados monumentos romanos de Mérida, se comprende el poder del genio de la destrucción en aquellos tristes días. Allí hay muros de un metro de profundidad por muchos de longitud y no pocos de altura cortados á cercen, como á rebanadas, por un procedimiento incomprensible, espantoso, más incomprensible y espantoso, cuando se considera que en los once siglos transcurridos ni la naturaleza ni la mano del hombre han podido mover aquellos témpanos del sitio donde cayeron desplomados, ni siquiera arrancarles una pulgada de espesor. El propio moro Rasis siente cierta amargura al describir el estado en que dejaron los suyos á la hermosa capital de Lusitania.

No es difícil comprender así que vencidos y vencedores en montón, embriagados por el miedo unos, por la sed de sangre otros, se despeñaran por aquellas sierras inextricables, donde extraviados, hambrientos, ocultos en la espesura como lobos, quizás continuando en los primeros días la lucha y el exterminio, acabarían las necesidades de la vida por unirlos con el

lazo común de la desgracia. El miedo, la miseria, la incultura, y el tiempo, sobre todo, completarían la obra de la guerra, haciéndoles olvidar su propio origen.

Una observación importante. Han creído las escasas personas cuyas luces hemos solicitado sobre el punto concreto de las dos batallas (Valdelamatanza y Segoyuela), que abrigábamos la temeraria idea de relacionar inmediatamente una y otra catástrofe, trazando como un itinerario de los fugitivos por el interior de las Jurdes; es decir, se ha creído que podía caber en nuestra imaginación que los vencidos de Segoyuela fueran los mismos restos que sobrevivieran en Valdelamatanza, y para ello se fundan principalmente, en que no existiendo entonces el Camino Morisco, mal podían subir á Granadilla, que era plaza fuerte, y desembocar por Tamames y la Rinconada en los llanos salamanquinos. Hasta ponen en duda los que tal piensan nuestro criterio, ó más bien, cegados por lo presente, no aciertan á mirar á lo pasado. Ni el ejército godo podía marchar en correcta formación por la vía de la Plata, ni siquiera un cuerpo suyo, ni un golpe, ni una masa más ó menos grande, es lo que nosotros creemos posible que penetrara en las Jurdes, sino pelotones, grupos á medio destroz, familias inermes en quien el terror ponía alas. Más creemos aún, y ya lo hemos dicho casi con las mismas palabras de Moreri: creemos que muchos africanos, con el ansia del botín y la ceguedad sangrienta de la persecución, se meterían tras ellos en las sinuosidades jurdanas, extraviándose á su vez en aquel laberinto. Otro dato importantísimo nos sale aquí al paso. Niega en absoluto el Sr. Santibáñez, cuyo conocimiento práctico del país en que ha nacido le hace testimonio casi irrecusable, la existencia del Vado del Arco romano, que el Sr. Coello y el Sr. Bide sitúan junto á Pesga; pero afirma en cambio que otro vado con el simple nombre de *romano*, se encuentra en un arroyo que pasa á 1 km. de Valdelamatanza y Aldea nueva. Sea, pues, en la una parte, sea en la otra, sino fuese en las dos, pues en nosotros hace mucha fuerza la opinión de aquellos distinguidos geógrafos, nos hallamos con un rastro indudable de que por la boca de las Jurdes, y quizás

NOTA FINAL SOBRE LAS JURDES.

147

también por dentro de ellas, pasaron romanos en ocasión crítica, pues en simples arroyos no hubieran dejado su nombre sin alguna otra circunstancia más memorable que la del paso. Ahora bien, sabido es que en los primeros tiempos de la conquista, los árabes llamaban romanos á los godos (*romi-rumi*, según el *Vocabulario arábigo* del P. Alcalá) y por ende á aquellos tiempos ha de atribuirse la denominación de los vados, y no á los más remotos, en que pudieran servir para el beneficio de las minas. Que los godos conocían las Jurdes, se infiere de esta última circunstancia, y no parece temerario suponer que contáran con sus gargantas como último baluarte, siendo allí destrozada más y más y dispersada alguna parte de su ejército, ó de aquella enorme impedimenta de mujeres, enfermos y emigrantes que llevaba.

Este argumento es también decisivo contra los que fundados en tradiciones vagas atribuyen el nombre de Valdelamatanza á trances de guerra ocurridos muy posteriormente en tiempos de San Fernando, como el argumento de Camino Morisco es obra de la irreflexión. Si hoy atraviesa las Jurdes, da nombre á una gran parte de la comarca, y parece trazado con tal maestría, que hay opiniones científicas favorables á convertirlo en carretera, justamente son datos esos que autorizan nuestra opinión de que por allí fué por donde hallaron paso menos difícil los vencedores, que á mayor abundamiento eran jinetes por regla general y como en nuestra hipótesis toda aquella serranía debió de ser durante largo tiempo una especie de puerto de refugio, el cual unos abandonaban y otros no, según su valor, su salud y aun la seguridad ó el atractivo de los retiros que encontrasen, pudo ocurrir alguna vez lo contrario durante la reconquista; pudo ocurrir que guiados por la tradición se acogieran á las Jurdes moros fugitivos, completando la confusión de las razas.

Tenemos, pues, en resumen, un punto de partida en Valdelamatanza, para asegurar una gran catástrofe, una derrota decisiva que obligó á los vencidos á arrojar por Lagunilla en la Pesga, que es la parte más característica del Camino Morisco. Sobre tan firme base puede la lógica hacer varias induc-

ciones. Ya de perseguidos, ya de perseguidores, los que buenamente pudieran ó por menos ignorantes comprendiesen que aquel laberinto no podía carecer de salidas, las buscarían desde la Pesga, bien por el Cabezo y las Mestas á la Alberca, bien por las Vegas de Coria y Nuñomoral á Sequeros, ó en fin, por el Casar de Palomero y el Pino á Ciudad-Rodrigo. ¿Que hay caminos más ocultos y cortos para ir á campo través á tierra de Salamanca desde Valdelamatanza y Lagunilla? ¿Quién lo duda? Tres nada menos. Bajar al Servón, y por el Coto á Casas de D. Antonio, uno; desde el Servón á Cabaloria, y atravesando el Alagón á Lomopinto (antiguo Porciel ventoso) Herguijuela, etc., otro; por la cuenca del Batuecas á la Alberca hay también aceptable camino; pero estos son estudios y cálculos à posteriori de gentes que conocen hoy el país y sobre todo, que no llevan detrás los alfanjes moriscos. Aplicar á aquellos tiempos tal doctrina, ¿cabe en mente humana? Irían los vencidos por donde su miedo los llevase; los vencedores por donde mejor pudieran, y por cada uno que consiguiera su propósito, ¡cuántos no caerían para siempre!

Son, para concluir, tan compatibles nuestras hipótesis con las tradiciones locales y con las de carácter general que la historia ha admitido respecto á la ruina del imperio gótico y la desaparición de Rodrigo en el Lago de la Janda, para morir dos años después entre el Tietar y el Tajo, que no se desdeña de recordarlas el mismo Sr. Saavedra en su hondo y erudito estudio, con meución, ya que no digamos análisis, de las fantásticas narraciones de Pedro del Corral y del *Romancero*, del precioso poema del inglés Southey (*Roderik the last of the Gots*) y de los dos poéticos dramas del difunto Zorrilla, *El puñal del godo* y *la Calentura*. Como que donde faltan documentos y datos precisos, la historia no puede prescindir de estas iluminaciones de la inteligencia popular, que siempre tienen algún fundamento. Así lo habíamos hecho también nosotros al insertar en nuestros capítulos. 4.º y 5.º las tradiciones del monasterio de Cubillana, próximo á Mérida, que Moreno de Vargas refiere en su *Historia* de esta ciudad. Allí sin tantas fantasías como Pedro del Corral y la *Crónica de España*, aunque

NOTA FINAL SOBRE LAS JURDES.

149

dándose con ellas la mano, se presenta á Rodrigo haciendo vida eremítica, tradición análoga á la que inspiró á Southey y á Zorrilla, robustecida por la desaparición del rey de la escena, mientras Muza y Abdelaziz vencían las últimas resistencias de Lusitania. La decisión que entonces tomaron los moros de convertirse en conquistadores y anexionar la España al califato, bastante probada por el Sr. Saavedra, justificaría también la vuelta de Rodrigo á los campos de batalla, desesperado ya hasta de conservar la vida en el claustro.

Así finalmente el nombre de *Jurdes* aparece más y más justificado, y á par el anabaptismo de sus moradores, en la racional creencia de que eran godos y moros caídos en montón desde aquellos picachos, como el naufragio arroja á la playa cadáveres y moribundos, ó más bien como en trance de montería por selva oscura, lebreles y jabalíes cegados de contrario instinto al son del cuerno de caza, juntos se emboscan, juntos se extravían y tal vez unos tras otros se despeñan.

V. BARRANTES.

15 de Julio de 1893.